CURSO:

Ciudadanía y voluntariado. Ciudadanía y organizaciones voluntarias.

Alboan

4 y 5 de Mayo

Bilbao

Alboan

FUNDACIÓN PARA EL DESARROLLO SOLIDARIO

ELKARREN GARAPENERAKO FUNDAZIOA

Voluntariado y ciudadanía: una mirada desde Colombia

Luis Fernando Múnera

Voluntariado y Ciudadanía (una mirada desde Colombia).
Luis Fernando Múnera C., s.j. Programa por la Paz de la Compañía de Jesús – Colombia

La ciudadanía moderna en Europa (vista desde América Latina).

Para pensar la ciudadanía, es necesario comenzar por esa magnífica creación humana que es la ciudad; ella es, después del lenguaje, la gran creación del hombre. Los seres humanos, como ningún ser viviente, han logrado crear espacios para vivir en ellos. Estos espacios no sólo les permiten sobrevivir adaptándose a los retos que les propone la naturaleza sino que les han permitido generar una cultura y desarrollarse como seres humanos. Los grandes productos de la creatividad humana y las grandes realizaciones de su espíritu se han llevado a cabo en las ciudades. La arquitectura urbana es testigo de los esfuerzos del ser humano por abrirse a la trascendencia. Es notable ver como las culturas clásicas valoran lo que pasa en las ciudades.

La ciudad es por esencia el lugar de "lo público", su vida se desarrolla en las plazas, en los teatros, en los liceos. La palabra que permite expresar lo profundo del alma, intercambiar las experiencias vitales y encontrar cauces para coordinar la acción encuentra en la ciudad su escenario privilegiado. Es por ello que para los antiguos la ciudad es también el lugar de la educación: los seres humanos se educan como tales en la ciudad, allí aprenden los temas de la vida pública, allí conocen la vida de los héroes. En la ciudad se aprende lo que es el bien, lo que es la felicidad[1].

La ciudad es por esencia el lugar donde se tejen las relaciones, este tejido de relaciones que llamamos el tejido social y que da fuerza y cohesión a las sociedades y les permite expresar la diversidad de sus intereses. Este tejido de relaciones encuentra su armonía cuando se puede articular en torno a la noción de bien común. El bien común es un conjunto de valores, creencias y proyectos compartidos, que permiten superar los propios intereses egoístas. En algunas sociedades es tan fuerte el bien común que los individuos pueden llegar a considerarlo mayor que su propia vida, pues su sentido de pertenencia a una tradición social y cultural es lo que da sentido profundo a su ser.

[1] Recordemos que para Aristóteles la ética es un tratado de ciencia política y la vida pública es el culmen de la vida humana.

La cultura moderna y la democracia que emergen como realidades culturales en la Europa de las luces ya no se construyen sobre la base de la pertenencia a una tradición y a un espacio cultural y ciudadano reducido a un pequeño territorio. El hombre moderno se construye como ciudadano a partir de su posibilidad de **pensar y de sentir en términos de humanidad.** El gran legado de la cultura moderna a nuestra vida es la posibilidad de ver en cualquier rostro humano no a "otro" sino a alguien que pertenece al grupo de los que "son como nosotros". La comunidad humana supera las fronteras físicas y se abre al mundo.

Esta realidad no es vivida por igual en todo el planeta. El "malestar en la cultura" que experimentamos hoy es el síntoma de que la imposición del modelo occidental dista de ser universal. La orfandad religiosa que acusan las sociedades modernas y la llegada de los fanatismos religiosos pueden estar indicando que la sociedad humana requiere buscar caminos de reconciliación entre la cultura y la experiencia religiosa que esta lejos de desaparecer como se pensó en algún momento del siglo XX.

Los ciudadanos de la modernidad, pasada ya por el tamiz de la crítica, deberíamos ser hombres y mujeres capaces de vivir nuestra experiencia del mundo más allá de las fronteras y las necesidades de la propia comunidad de pertenencia. Ello no significa abandonar el legado de nuestra identidad propia ni la tradición que nos ha abierto a la experiencia de la humanidad. Ser ciudadano hoy es asumir en serio los valores que fundamentan nuestra vida como seres humanos: La libertad, la solidaridad y la igualdad.

Nuestras sociedades han construido la metáfora de la libertad: La civilización moderna y sus construcciones nos hacen sentir que podemos escoger y decidir sobre la vida a nuestro albedrío. Hoy pareciera que más que valores comunes, las opciones fundamentales de la vida se toman desde el interior de nosotros mismos, el valor que marcaría las opciones éticas sería la autenticidad.

Sin embargo hay que reconocer que para la mayoría de los seres humanos la libertad no es más que una metáfora lejana. A pesar de que cada uno se siente digno de ser visto como igual a los demás, hemos sido incapaces de construir sociedades donde la igualdad esté presente y donde las exclusiones no arrinconen en la pobreza y en la desesperanza a masas de población.

El puente que se imaginaron los modernos para construir esa igualdad de oportunidades fue la solidaridad, esa capacidad que tienen las sociedades de no regirse

simplemente por valores egoístas sino de sentir y trabajar por aquellos más débiles dentro de las comunidad. La experiencia de nuestras sociedades nos muestra que hemos sido incapaces de construir este puente y que el ideal de la democracia y la justicia como el valor fundamental de las sociedades esta aún bastante lejano de nosotros.

La experiencia de fracaso de este proyecto de sociedad moderna nos ha llevado a repensar los fundamentos de la ética pues hemos descubierto que los hombres no son movidos solamente por los motivos y las razones, sino que la pasión y la búsqueda del interés particular están fuertemente presentes. La vida ética tiene que ver también con la sensibilidad y con las creencias. El "sentimiento moral" de indignación ante el mal o de admiración ante el bien mueve a los individuos desde sus entrañas. Hemos vuelto a considerar estas dimensiones del ser humano que habían sido despreciadas como signo de atraso y alineación por la mentalidad moderna de corte más racionalista.

Nosotros creemos que la educación debe buscar seres moralmente sensibles, capaces de conmoverse ante el bien y el mal, si bien allí no termina la experiencia ética y los seres humanos deben ser también capaces de dar razones de sus opciones. Estos ciudadanos modernos (o posmodernos), deberían ser capaces de asumir ese acumulado social y cultural de reconocimiento de la humanidad que llamamos los Derechos Humanos.

Estos ciudadanos se forman a partir de una tradición y de una comunidad concreta pero son sensibles a la humanidad[2]: Todo aquello que es humano debería interesarles.

Qué puede aportar el voluntariado a la construcción de la ciudadanía?

En los últimos años, nuestra experiencia del mundo ha variado dramáticamente con respecto de aquella que tuvieron las generaciones que nos precedieron. Nuestro mundo es cada vez "más pequeño", la información circula rápidamente de un hemisferio a otro y podemos enterarnos –en tiempo real- de cuanto sucede en el globo. Ante esta nueva realidad no debemos ser ingenuos, pues debemos reconocer que tanto desde el punto de vista económico como desde el punto de vista cultural estas dinámicas están regidas por intencionalidades políticas y económicas donde las culturas y las economías dominantes

[2] En este sentido me parece particularmente llamativa la experiencia de España, donde los ciudadanos viven con gran pasión las particularidades de sus comunidades regionales y a la vez son abiertos a la experiencia de Europa y del mundo.

quieren continuar su dinámica expansiva. Sin embargo, debemos estar abiertos a las oportunidades que se nos ofrecen para vivir con mayor riqueza nuestra experiencia de seres humanos.

Nuestra percepción del tiempo y del espacio es hoy muy diferente, el tiempo transcurre rápidamente y somos sujetos a cambios vertiginosos. Hoy como nunca antes es posible que los seres humanos modifiquen radicalmente los proyectos de vida sin que ello les genere conflictos. El espacio abre ante nuestros ojos horizontes más allá de lo que podemos ver o recorrer con nuestros pies, el mundo y la humanidad están virtualmente presentes ante nosotros. Ello nos abre a considerar con mayor amplitud otras maneras de ver y sentir el mundo y puede hacernos más tolerantes, pero corremos el riesgo de vivir en una cultura de lo efímero y lo desechable.

Estas dinámicas hacen muy fuertes a aquellos que tienen los medios y la capacidad de construir imaginarios colectivos a través de los sonidos, las imágenes y los silencios. El mundo que tenemos ante nosotros es un mundo que se nos presenta, que se construye a través de imágenes y sensaciones. Nuestra experiencia y nuestra interpretación del mundo esta mediada por aquellos que tienen los medios de construir nuestra percepción.

Es por todo ello que yo concibo ante todo el voluntariado como una experiencia formativa. El voluntario es una persona que emplea su tiempo y su esfuerzo para abrirse a las realidades de "otros" lejanos y muchas veces desconocidos. Yo no pondría tanto el énfasis en aquello que se aporta en términos de recursos, fuerza de trabajo o conocimiento; todo ello son pretextos para propiciar la relación cercana y afectiva entre seres humanos que viniendo de culturas diferentes pueden aprender a valorarse y a conocerse como tales por encima de las percepciones y los prototipos que circulan y se asumen sin una mayor crítica.

Yo diría que el voluntariado es el ejercicio de un deber consigo mismo, pues nos permite tener un contacto auténtico con otras formas de humanidad y poner en juego lo que somos ante otros bien diferentes pero con quienes compartimos el "sentimiento de humanidad".

Ahora, por qué el voluntariado no se ejerce en cualquier lugar indiscriminadamente, sino que se seleccionan aquellos lugares donde la vida humana este fracturada o amenazada, si estamos resaltando aquí el valor de todas las experiencias de humanidad? El

motivo es a mi parecer un motivo fundamentalmente ético: Una experiencia de voluntariado es ante todo una experiencia de solidaridad y tiene sentido allí donde permite construir lazos y tejidos solidarios. Desde la espiritualidad cristiana, descubrimos la misteriosa presencia del Dios crucificado y resucitado allí donde la humanidad parece más fracturada y abandonada de Dios, es la misteriosa sabiduría de la cruz que se vive cotidianamente en la experiencia de muchos hombres y mujeres de nuestro mundo.

Aquel que se aventura a ir a otro país para colaborar en la construcción de una sociedad nueva debe saber que esta poniendo en juego su ser en el contacto y la relación con otros seres humanos y debe estar dispuesto a abrir su sensibilidad para sentir con los otros. Se trata de tender la mano para caminar juntos y no para solucionar desde fuera los problemas o las necesidades de aquellos con quienes nos encontramos.

Los que acogemos a un voluntario debemos tener claro que estamos ante un ser humano con sueños, expectativas y preguntas, que viene dispuesto a escuchar y a aprender, que busca transformar su mirada sobre el mundo. La experiencia de acoger a otro y descubrir allí al ser humano es también un momento fuerte que nos transforma la mirada sobre nosotros mismos y sobre aquellos que vienen de fuera y que desde nuestros países son vistos muchas veces como seres sobrenaturales o superdotados. Para enriquecerse de estas experiencias hay que superar el estereotipo de que hay unos que dan y otros que reciben. Cada quien aporta sus riquezas y se abre a las riquezas del otro para en este intercambio construirnos todos como ciudadanos del mundo, como seres humanos.

Nosotros reconocemos humildemente que tenemos mucho que aprender de las culturas europeas, de sus experiencias de construcción de la vida, de sus síntesis culturales. Cada uno es portador de las riquezas de su cultura y de su formación personal y es ello lo que quiere poner en juego cuando se pone en contacto con otros seres humanos allende sus fronteras. También tenemos que superar el mito del "buen salvaje" según el cual todo contacto entre una cultura más avanzada y otra más débil es envilecedor. Por el contrario, estamos convencidos de que los seres humanos se construyen a través del intercambio.

Quiénes somos los ciudadanos de América Latina (para qué relacionarnos con el norte?)

Las sociedades de América Latina somos sociedades jóvenes, que buscamos construir nuestras propias síntesis culturales y sociales. En el caso concreto de Colombia vale la pena recordar que sólo existe como país independiente desde 1819, esta fecha marca el fin del periodo colonial y el comienzo de una serie de guerras que desnudan los vacíos de nuestra identidad cultural y social y muestran como aún hoy no hemos sido capaces de construir un estado capaz de regular nuestros conflictos.

La guerra que hoy vivimos es la expresión de profundas causas sociales y económicas: el país se ha desarrollado de una manera desmedidamente desigual y en nuestro territorio coexisten dos modelos contradictorios de sociedad: el estado moderno, presente en los grandes centros urbanos y que busca articularse a los procesos de mundialización y globalización; una sociedad agraria y tradicional que se encuentra ante un modelo dominante de desarrollo que la marginaliza y desplaza cada vez más. Esta fisura profunda entre dos modelos de país, unida a otros múltiples factores es la que amenaza con llevarnos al abismo de una guerra generalizada sin sentido que no promete solucionar las causas estructurales de la crisis.

Creo que es malsano pensar que nosotros debemos construir síntesis idénticas a las que ha construido Europa, pues tenemos virtudes y límites que nos son propios y no estamos convencidos de que el modelo de las sociedades "del norte" sea el que nos vaya a garantizar nuestra realización como seres humanos.

Sin embargo no podemos desconocer el camino recorrido por los demás, un camino por demás tortuoso y marcado también por conflictos y guerras terribles. En este esfuerzo de construcción de cultura y civilización se han ido logrando síntesis capaces de superar los grandes conflictos. No obstante, nosotros creemos que tenemos mucho que aportar a las construcciones de la humanidad de hoy: nuestra capacidad de apertura al otro, la enorme calidez con la que cultivamos y cuidamos los lazos de relación humana, nuestro sentido de lo festivo, nuestra relación con la experiencia espiritual y religiosa son elementos que le dan gran sentido a nuestra vida y que pueden aportar a una humanidad más feliz y reconciliada.

La cultura colombiana impresiona y sorprende a propios y extraños, no nos habituamos a nuestras contradicciones y contrastes. En medio de las tragedias cotidianas de nuestra historia, aparecen casi con la misma velocidad héroes cotidianos que nos han

ayudados a resistir por décadas ante una situación que a los ojos de la racionalidad es insostenible. Esta realidad terrible y encantadora a la vez se debe a una manera particular de ser y sentir que nos ha permitido adaptarnos y seguir caminando y construyendo la vida en medio del rastro de sangre que ha dejado nuestra historia. Esta sorprendente realidad esta bellamente expresada por Gabriel García Márquez en su proclama: "Por un país al alcance de los niños":

> "Dos dones naturales nos han ayudado a sortear este sino funesto, a suplir los vacíos de nuestra condición cultural y social y a buscar a tientas nuestra identidad. Uno es el don de la creatividad, expresión superior de la inteligencia humana. El otro es una arrasadora determinación de ascenso personal. Ambos, ayudados por una astucia casi sobrenatural, y tan útil para el bien como para el mal, fueron un recurso providencial de los indígenas contra los españoles desde el día mismo del desembarco..."[3]

América Latina y Colombia en particular no son sólo ejércitos en disputas intestinas, o grupos de dirigentes corruptos o bellos y exóticos paisajes naturales. Nosotros somos y queremos ser vistos como hombres y mujeres que se levantan cada día a trabajar y a buscar el pan para sus hijos, tenemos enormes deseos de superación, queremos construir y hacer cosas nuevas, estamos abiertos al futuro y al destino. Este camino no queremos recorrerlo solos sino en solidaridad y fraternidad con otros que quieran soñar nuestros sueños y caminar en la construcción de nuestros ideales.

Pensemos juntos un mundo nuevo.

Esta concepción del mundo y de la historia puede llevarnos a pensar juntos el mundo desde unas lógicas y unas miradas nuevas. La experiencia del voluntariado y la ciudadanía no puede quedarse en el terreno de lo íntimo y de lo privado. Nuestras organizaciones, tanto desde el norte como desde el sur, tenemos que apostarle a la construcción de unos nuevos acumulados sociales y culturales que permitan transformar las estructuras que hacen de nuestro mundo un mundo desigual y deshumanizante.

---

[3] Presidencia de la República: Informe de la Misión Ciencia, Educación y Desarrollo. Tomo I, Bogotá, 1996, p. 52

La construcción de la solidaridad entre los pueblos pasa ciertamente por el cambio de las mentalidades de los hombres y mujeres y creemos profundamente que las experiencias de intercambio brindan un gran aporte a este propósito. También es necesario ir más allá y repensar juntos las lógicas que mueven hoy nuestro mundo y que son profundamente excluyentes.

Construir una nueva lógica de la solidaridad y de la corresponsabilidad entre los pueblos es una tarea de largo aliento que pasa por la transformación del quehacer de los estados. En ello las organizaciones y los movimientos sociales de todos los países juegan un papel importante. Es necesario construir y defender espacios políticos en los que estas posiciones puedan manifestarse como intereses legítimos de la humanidad.

Los procesos de democratización de nuestras sociedades nos ofrecen oportunidades importantes que es necesario aprovechar si queremos hacerle el quite al discurso único que pretende dominar el pensamiento actual. La única lógica no puede ser la lógica de la competencia y el mercado y debe haber criterios diferentes a la rentabilidad y la eficiencia para evaluar las producciones humanas.

Cada vez somos más conscientes de la interrelación entre las diferentes naciones y es preciso tomarse esta realidad con seriedad. Hoy más que nunca tenemos la experiencia de vivir en un mundo y la suerte de los hombres y mujeres que comparten la vida en este planeta azul es de alguna manera asunto que nos toca a todos.

La soledad de América Latina

Gabriel García Márquez

La soledad de América Latina

[Discurso de aceptación del Premio Nobel 1982]

Gabriel García Márquez

Antonio Pigafetta, un navegante florentino que acompañó a Magallanes en el primer viaje alrededor del mundo, escribió a su paso por nuestra América meridional una crónica rigurosa que sin embargo parece una aventura de la imaginación. Contó que había visto cerdos con el ombligo en el lomo, y unos pájaros sin patas cuyas hembras empollaban en las espaldas del macho, y otros como alcatraces sin lengua cuyos picos parecían una cuchara. Contó que había visto un engendro animal con cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y relincho de caballo. Contó que al primer nativo que encontraron en la Patagonia le pusieron enfrente un espejo, y que aquel gigante enardecido perdió el uso de la razón por el pavor de su propia imagen.

Este libro breve y fascinante, en el cual ya se vislumbran los gérmenes de nuestras novelas de hoy, no es ni mucho menos el testimonios más asombroso de nuestra realidad de aquellos tiempos. Los Cronistas de Indias nos legaron otros incontables. El Dorado, nuestro país ilusorio tan codiciado, figuró en mapas numerosos durante largos años, cambiando de lugar y de forma según la fantasía de los cartógrafos. En busca de la fuente de la Eterna Juventud, el mítico Alvar Núñez Cabeza de Vaca exploró durante ocho años el norte de México, en una expedición venática cuyos miembros se comieron unos a otros y sólo llegaron cinco de los 600 que la emprendieron. Uno de los tantos misterios que nunca fueron descifrados, es el de las once mil mulas cargadas con cien libras de oro cada una, que un día salieron del Cuzco para pagar el rescate de Atahualpa y nunca llegaron a su destino. Más tarde, durante la colonia, se vendían en Cartagena de Indias unas gallinas criadas en tierras de aluvión, en cuyas mollejas se encontraban piedrecitas de oro. Este delirio

áureo de nuestros fundadores nos persiguió hasta hace poco tiempo. Apenas en el siglo pasado la misión alemana de estudiar la construcción de un ferrocarril interoceánico en el istmo de Panamá, concluyó que el proyecto era viable con la condición de que los rieles no se hicieran de hierro, que era un metal escaso en la región, sino que se hicieran de oro.

La independencia del dominio español no nos puso a salvo de la demencia. El general Antonio López de Santana, que fue tres veces dictador de México, hizo enterrar con funerales magníficos la pierna derecha que había perdido en la llamada Guerra de los Pasteles. El general García Moreno gobernó al Ecuador durante 16 años como un monarca absoluto, y su cadáver fue velado con su uniforme de gala y su coraza de condecoraciones sentado en la silla presidencial. El general Maximiliano Hernández Martínez, el déspota teósofo de El Salvador que hizo exterminar en una matanza bárbara a 30 mil campesinos, había inventado un péndulo para averiguar si los alimentos estaban envenenados, e hizo cubrir con papel rojo el alumbrado público para combatir una epidemia de escarlatina. El monumento al general Francisco Morazán, erigido en la plaza mayor de Tegucigalpa, es en realidad una estatua del mariscal Ney comprada en París en un depósito de esculturas usadas.

Hace once años, uno de los poetas insignes de nuestro tiempo, el chileno Pablo Neruda, iluminó este ámbito con su palabra. En las buenas conciencias de Europa, y a veces también en las malas, han irrumpido desde entonces con más ímpetus que nunca las noticias fantasmales de la América Latina, esa patria inmensa de hombres alucinados y mujeres históricas, cuya terquedad sin fin se confunde con la leyenda. No hemos tenido un instante de sosiego. Un presidente prometeico atrincherado en su palacio en llamas murió peleando solo contra todo un ejército, y dos desastres aéreos sospechosos y nunca esclarecidos segaron la vida de otro de corazón generoso, y la de un militar demócrata que había restaurado la dignidad de su pueblo. En este lapso ha habido 5 guerras y 17 golpes de estado, y surgió un dictador luciferino que en el nombre de Dios lleva a cabo el primer etnocidio de

América Latina en nuestro tiempo. Mientras tanto 20 millones de niños latinoamericanos morían antes de cumplir dos años, que son más de cuantos han nacido en Europa occidental desde 1970. Los desaparecidos por motivos de la represión son casi los 120 mil, que es como si hoy no se supiera dónde están todos los habitantes de la ciudad de Upsala. Numerosas mujeres arrestadas encintas dieron a luz en cárceles argentinas, pero aún se ignora el paradero y la identidad de sus hijos, que fueron dados en adopción clandestina o internados en orfanatos por las autoridades militares. Por no querer que las cosas siguieran así han muerto cerca de 200 mil mujeres y hombres en todo el continente, y más de 100 mil perecieron en tres pequeños y voluntariosos países de la América Central, Nicaragua, El Salvador y Guatemala. Si esto fuera en los Estados Unidos, la cifra proporcional sería de un millón 600 mil muertes violentas en cuatro años.

De Chile, país de tradiciones hospitalarias, ha huido un millón de personas: el 10 por ciento de su población. El Uruguay, una nación minúscula de dos y medio millones de habitantes que se consideraba como el país más civilizado del continente, ha perdido en el destierro a uno de cada cinco ciudadanos. La guerra civil en El Salvador ha causado desde 1979 casi un refugiado cada 20 minutos. El país que se pudiera hacer con todos los exiliados y emigrados forzosos de América latina, tendría una población más numerosa que Noruega.

Me atrevo a pensar que es esta realidad descomunal, y no sólo su expresión literaria, la que este año ha merecido la atención de la Academia Sueca de la Letras. Una realidad que no es la del papel, sino que vive con nosotros y determina cada instante de nuestras incontables muertes cotidianas, y que sustenta un manantial de creación insaciable, pleno de desdicha y de belleza, del cual éste colombiano errante y nostálgico no es más que una cifra más señalada por la suerte.

Poetas y mendigos, músicos y profetas, guerreros y malandrines, todas las criaturas de aquella realidad desaforada hemos tenido que pedirle muy poco a la imaginación, porque el desafío mayor para nosotros ha sido la insuficiencia de los recursos

convencionales para hacer creíble nuestra vida. Este es, amigos, el nudo de nuestra soledad.

Pues si estas dificultades nos entorpecen a nosotros, que somos de su esencia, no es difícil entender que los talentos racionales de este lado del mundo, extasiados en la contemplación de sus propias culturas, se hayan quedado sin un método válido para interpretarnos. Es comprensible que insistan en medirnos con la misma vara con que se miden a sí mismos, sin recordar que los estragos de la vida no son iguales para todos, y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos. La interpretación de nuestra realidad con esquemas ajenos sólo contribuye a hacernos cada vez más desconocidos, cada vez menos libres, cada vez más solitarios. Tal vez la Europa venerable sería más comprensiva si tratara de vernos en su propio pasado. Si recordara que Londres necesitó 300 años para construir su primera muralla y otros 300 para tener un obispo, que Roma se debatió en las tinieblas de incertidumbre durante 20 siglos antes de que un rey etrusco la implantara en la historia, y que aún en el siglo XVI los pacíficos suizos de hoy, que nos deleitan con sus quesos mansos y sus relojes impávidos, ensangrentaron a Europa con soldados de fortuna.

Aún en el apogeo del Renacimiento, 12 mil lansquenetes a sueldo de los ejércitos imperiales saquearon y devastaron a Roma, y pasaron a cuchillo a ocho mil de sus habitantes.

No pretendo encarnar las ilusiones de Tonio Kröger, cuyos sueños de unión entre un norte casto y un sur apasionado exaltaba Thomas Mann hace 53 años en este lugar. Pero creo que los europeos de espíritu clarificador, los que luchan también aquí por una patria grande más humana y más justa, podrían ayudarnos mejor si revisaran a fondo su manera de vernos. La solidaridad con nuestros sueños no nos haría sentir menos solos, mientras no se concrete con actos de respaldo legítimo a los pueblos que asuman la ilusión de tener una vida propia en el reparto del mundo.

América Latina no quiere ni tiene por qué ser un alfil sin albedrío, ni tiene nada de quimérico que sus designios de independencia y originalidad se conviertan en una aspiración occidental.

No obstante, los progresos de la navegación que han reducido tantas distancias entre nuestras Américas y Europa, parecen haber aumentado en cambio nuestra distancia cultural. ¿Por qué la originalidad que se nos admite sin reservas en la literatura se nos niega con toda clase de suspicacias en nuestras tentativas tan difíciles de cambio social? ¿Por qué pensar que la justicia social que los europeos de avanzada tratan de imponer en sus países no puede ser también un objetivo latinoamericano con métodos distintos en condiciones diferentes? No: la violencia y el dolor desmesurados de nuestra historia son el resultado de injusticias seculares y amarguras sin cuento, y no una confabulación urdida a 3 mil leguas de nuestra casa. Pero muchos dirigentes y pensadores europeos lo han creído, con el infantilismo de los abuelos que olvidaron las locuras fructíferas de su juventud, como si no fuera posible otro destino que vivir a merced de los dos grandes dueños del mundo. Este es, amigos, el tamaño de nuestra soledad.

Sin embargo, frente a la opresión, el saqueo y el abandono, nuestra respuesta es la vida. Ni los diluvios ni las pestes, ni las hambrunas ni los cataclismos, ni siquiera las guerras eternas a través de los siglos y los siglos han conseguido reducir la ventaja tenaz de la vida sobre la muerte. Una ventaja que aumenta y se acelera: cada año hay 74 millones más de nacimientos que de defunciones, una cantidad de vivos nuevos como para aumentar siete veces cada año la población de Nueva York. La mayoría de ellos nacen en los países con menos recursos, y entre éstos, por supuesto, los de América Latina. En cambio, los países más prósperos han logrado acumular suficiente poder de destrucción como para aniquilar cien veces no sólo a todos los seres humanos que han existido hasta hoy, sino la totalidad de los seres vivos que han pasado por este planeta de infortunios.

Un día como el de hoy, mi maestro William Faullkner dijo en este lugar: "Me niego a admitir el fin del hombre". No me sentiría digno de ocupar este sitio que fue suyo si no tuviera la conciencia plena de que por primera vez desde los orígenes de la humanidad, el desastre colosal que él se negaba a admitir hace 32 años es ahora nada más que una simple posibilidad científica. Ante esta realidad sobrecogedora que a través de todo el tiempo humano debió de parecer una utopía, los inventores de fábulas que todo lo creemos, nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie pueda decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea cierto el amor y sea posible la felicidad, y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra.

Agradezco a la Academia de Letras de Suecia el que me haya distinguido con un premio que me coloca junto a muchos de quienes orientaron y enriquecieron mis años de lector y de cotidiano celebrante de ese delirio sin apelación que es el oficio de escribir. Sus nombres y sus obras se me presentan hoy como sombras tutelares, pero también como el compromiso, a menudo agobiante, que se adquiere con este honor. Un duro honor que en ellos me pareció de simple justicia, pero que en mí entiendo como una más de esas lecciones con las que suele sorprendernos el destino, y que hacen más evidente nuestra condición de juguetes de un azar indescifrable, cuya única y desoladora recompensa, suelen ser, la mayoría de las veces, la incomprensión y el olvido.

Es por ello apenas natural que me interrogara, allá en ese trasfondo secreto en donde solemos trasegar con las verdades más esenciales que conforman nuestra identidad, cuál ha sido el sustento constante de mi obra, qué pudo haber llamado la atención de una manera tan comprometedora a este tribunal de árbitros tan severos. Confieso sin falsas modestias que no me ha sido fácil encontrar la razón, pero quiero creer que ha sido la misma que yo hubiera deseado. Quiero creer, amigos, que este es, una vez más, un homenaje que se rinde a la poesía. A la poesía por cuya virtud

el inventario abrumador de las naves que numeró en su Iliada el viejo Homero está visitado por un viento que las empuja a navegar con su presteza intemporal y alucinada. La poesía que sostiene, en el delgado andamiaje de los tercetos del Dante, toda la fábrica densa y colosal de la Edad Media. La poesía que con tan milagrosa totalidad rescata a nuestra América en las Alturas de Machu Pichu de Pablo Neruda el grande, el más grande, y donde destilan su tristeza milenaria nuestros mejores sueños sin salida. La poesía, en fin, esa energía secreta de la vida cotidiana, que cuece los garbanzos en la cocina, y contagia el amor y repite las imágenes en los espejos.

En cada línea que escribo trato siempre, con mayor o menor fortuna, de invocar los espíritus esquivos de la poesía, y trato de dejar en cada palabra el testimonio de mi devoción por sus virtudes de adivinación, y por su permanente victoria contra los sordos poderes de la muerte. El premio que acabo de recibir lo entiendo, con toda humildad, como la consoladora revelación de que mi intento no ha sido en vano. Es por eso que invito a todos ustedes a brindar por lo que un gran poeta de nuestras Américas, Luis Cardoza y Aragón, ha definido como la única prueba concreta de la existencia del hombre: la poesía. Muchas gracias.

FIN

El voluntario en tanto que ciudadano

Pedro Coduras

CODURAS, Pedro, Voluntarios: discípulos y ciudadanos, Cristianisme i justicie, n° 68

I. EL VOLUNTARIO EN TANTO QUE CIUDADANO

La palabra "voluntariado" define muy distintas realidades. Ello sugiere la gran riqueza de la participación humana, pero esconde el riesgo de defender algunas actividades y grupos de intereses que no responden a lo que aquí vamos a considerar como voluntariado. Veamos tres definiciones, procedentes de ámbitos diversos, para constatar esa diversidad:

— "En la resolución adoptada por el Parlamento Europeo en diciembre de 1983 reencontramos las *cuatro características de base*: el voluntariado no es obligatorio, es interesante para la sociedad, normalmente no remunerado, y se realiza en un cuadro más o menos organizado".[1]
— "Sería voluntario el que actúa desinteresadamente, con responsabilidad, sin remuneración económica, en una acción realizada en beneficio de la comunidad, que obedece a un programa de acción con voluntad de servir; es una actividad solidaria y social, el trabajo del voluntario no es su ocupación laboral habitual, es una decisión responsable que proviene de un proceso de sensibilización y concienciación, respeta plenamente al individuo o individuos a quienes dirige su actividad y puede trabajar de forma aislada, aunque por lo general actúa en grupo".[2]
— "El voluntariado social acaba entendiéndose como un servicio gratuito y desinteresado que nace de la triple conquista de la ciudadanía: como un ejercicio de la autonomía individual, de la participación social y de la solidaridad para con los últimos".[3]

Progresivamente, las tres definiciones van limitando el ámbito del término. La primera trata de abarcar cualquier acción voluntaria. Podría incluir a colegios profesionales, grupos de interés, etc. La última restringe el voluntariado a lo social, con claros tintes de compromiso socio-político y de inclusión. En este cuaderno, consideramos esta última definición como la que mejor describe el tipo de acción voluntaria que se deriva del discipulado cristiano.

Es importante darse cuenta de que esta concepción de voluntariado no habla de altruismo –y mucho menos de heroicidad– sino que fundamenta la acción voluntaria en la puesta en práctica de la ciudadanía. Ser voluntario social, para García Roca, es, simplemente, la consecuencia de tomarse en serio la condición de ciudadano/a.

Evidentemente, se está hablando de una ciudadanía responsable e interesada por la justicia. Por desgracia, este modo de entender la ciudadanía no es mayoritaria en nuestra sociedad. Pero esto no implica que sólo se pueda hacer la opción por los pobres (o la "solidaridad para con los últimos", tal como se expresa en la definición anterior) desde la llamada al discipulado, al seguimiento de Jesús.

> ser voluntario social es la consecuencia de tomarse en serio la condición de ciudadano

Conviene aclarar desde el principio que al considerar la motivación cristiana y sus consecuencias en la acción voluntaria no estamos definiendo un nuevo tipo de voluntariado que sin la fe sería imposible. Como veremos más adelante, "cristiano" califica la acción voluntaria, es decir, le ofrece una motivación, una llamada a la radicalidad y un ámbito comunitario. Éste posibilita la razonabilidad y el mantenimiento de la utopía exigido por el voluntariado social tal como aquí lo definimos.

Pero, volvamos al voluntariado como ciudadanía para subrayar sus características. Posteriormente lo analizaremos desde la visión creyente. Podemos definirlo a través de tres acciones que lo caracterizan.

1. DESCUBRIR NUESTRA DIVERSIDAD

Salir del círculo de nuestros amigos y nivel social

La construcción de una sociedad democrática exige, según Robert Bellah el "tener cuidado". Esto supone una sensibilidad creciente para percibir la situación social, la recuperación de la idea de bien común y un compromiso respetuoso y crítico con las instituciones sociales.[4] Esta nueva percepción de la sociedad o "comprensión ilustrada" (*enlightened understanding*) que requiere de una mayor información y exposición a la realidad se considera uno de los elementos básicos del proceso democrático.[5]

Para ello, es necesario estar abierto a otras realidades sociales distintas a la del grupo social al que pertenecemos. Hay que salir del "círculo reducido" de nuestros familiares y amigos, de nuestro nivel social y cultural. No basta, por tanto, con la voluntariedad de nuestra acción; ésta ha de atravesar las fronteras sociales que nos dividen y separan.

El voluntariado social cruza estas fronteras y, al hacerlo, descubre al resto de la sociedad la existencia de vidas humanas que necesitan y merecen ser tenidas en cuenta. Es en el contacto directo con las personas excluidas donde el voluntario descubre el primer impulso de su acción: la compasión, no como sentimiento de pena y conmiseración, sino viendo la realidad con los ojos del corazón.

No es posible quedar indiferente ante el dolor y la rabia que produce la exclusión. Por ello, una de las primeras tareas del voluntariado social es relatar las historias, casi olvidadas, de sufrimiento y lucha, de negación de dignidad y de esperanza que encuentra en su servicio. Con ello, permite que la compasión atraviese e impregne el lenguaje utilitarista e individualista de nuestra cultura.

Gracias a esta implicación con las víctimas del sistema desde el nivel personal y local, puede el voluntariado ser fermento de una acción social que, sin olvidar la justicia y sus mediaciones, aporte la misericordia, generosidad y gratuidad que sólo nacen del encuentro y la relación humanas.

> una acción social que, sin olvidar la justicia, aporte misericordia, generosidad y gratuidad

De aquí surge la primera pregunta

— *¿Comporta nuestra acción voluntaria un estilo de trabajo que asuma el riesgo de salir de lo conocido, del "círculo reducido" de iguales (o de los "casi-iguales")?*

Este estilo de trabajo implica una pérdida de seguridad; una necesaria apertura a aprender, conocer y valorar modos distintos de vida y relación; un "dejarse afectar" por la realidad con la que nos encontramos (dolor, resentimiento, internalización de la exclusión, agresividad, etc). Que nadie se asuste; para cumplir esta primera característica no se precisa heroicidad, basta con una sencilla presencia entre los pobres.

2. REDEFINIR EL BIEN COMÚN

PARA LOS QUE HAN SIDO APARTADOS DE LA SOCIEDAD, LA CONCEPCIÓN DE BIEN COMÚN DIFIERE DE LA QUE TIENE LA "SOCIEDAD ESTABLECIDA"

El voluntariado, entendido como ciudadanía responsable e inclusiva, pretende redefinir la sociedad en su conjunto. Bien Común es aquello que, entre todos, consideramos como objetivo de nuestra convivencia, el ideal al que tendemos.

No cabe duda de que dicho ideal es entendido de distinta manera por los diversos grupos que integran la sociedad. Tampoco, que es un ideal ajeno e inaccesible a grandes porcentajes de la población, cuyo derecho a participar socialmente es teórico y, en la práctica, no reconocido.

Los voluntarios pertenecen, mayoritariamente, a sectores sociales que pueden ejercer sus derechos ciudadanos y participar en la definición del ideal de sociedad. De ahí que, a partir de la acción voluntaria sea preciso generar dinámicas de inclusión[6] y de recuperación de dignidad, que permitan la participación de los excluidos del sistema en la redefinición de dicho ideal.

Un voluntariado que se aleja definitivamente de concepciones "benéficas" y paternalistas

Se trata de establecer un diálogo; no el monólogo característico de la beneficencia clásica. Este es uno de los puntos clave de legitimidad del voluntariado, donde se juega su credibilidad como agente social.

Trabajos como la rehabilitación de personas dependientes, la asistencia a colectivos en precariedad económica o de otro tipo, etc, han de llevar a la "inserción" o inclusión de estas personas en el conjunto de la sociedad. Hemos de trabajar por la recuperación de sus derechos de participación política, económica y social, tanto en los recursos como en las obligaciones de la comunidad a la que, por derecho y dignidad humana, pertenecen.

Para evitar el peligro de convertirse en cómplice de la injusticia y la exclusión al tapar meramente con un parche las consecuencias de éstas, el voluntariado social ha de manifestar en sus objetivos y en su metodología un elemento clave: el "dar protagonismo" a las personas que atiende. No se trata de sustituir la presencia y la voz del otro, sino de recrear el ejercicio de la mediación con una "presencia ligera que devuelva a las personas *carenciadas* su propio protagonismo".[7]

Esto que en teoría puede parecer "de cajón", en la práctica no lo es tanto. No es fácil renunciar a nuestros intereses (en primer lugar, al de "redentores") ni abandonar nuestro individualismo.[8] Y aún es más difícil creer que ciertos colectivos marginales puedan tener una palabra que decir sobre ellos mismos (deficientes profundos, niños, extranjeros, etc.) o, al menos, tener "la" palabra apropiada, dadas sus características culturales, físicas o psíquicas. Como subraya Toni Catalá, "es impresionante constatar cómo no se soporta el que los *otros* salgan de la periferia asignada para ellos. Muchas pretendidas *políticas sociales*, lo que hacen es *asear* los contextos periféricos para que todo siga igual: para que siga cada uno en su sitio".[9]

> no es fácil renunciar a nuestros intereses, en primer lugar, al de "redentores"

Apuesta por el "privilegio epistemológico de los pobres"

Un voluntariado social, como el que aquí definimos, apuesta por el "privilegio epistemológico de los pobres"; esto es: la realidad se ve mejor "desde abajo", "desde afuera" de los límites sociales. Y esto es algo difícil de hacer comprender a quienes no se han dejado afectar por los otros, los ajenos, los distintos; a las personas que reducen su mundo vital al de sus iguales y al de aquellos que están por encima en la escala social. Sin embargo, cualquier voluntario/a social sabe por experiencia que hay un lugar y un modo de ver la realidad que amplía la propia visión. Sólo desde esta experiencia se justifica la necesidad de dar voz y protagonismo a los excluidos. Porque si no tuvieran una visión alternativa de la vida ¿para qué darles voz? Sería más práctico continuar decidiendo por ellos qué acciones emprender para resolver sus problemas.

Para aquellos que han sido apartados de la sociedad, la concepción de Bien Común difiere de la que tiene la "sociedad establecida". Cuestiones como raza, sexo y bienestar económico tienen un significado diferente y, sobre todo, reciben un valor distinto. Sólo la inclusión de aquellos que hemos excluido de nuestro sistema puede aliviar a nuestra sociedad de la "ceguera epistemológica" (ciegos a cualquier visión de la realidad que no responda a nuestra cultura e intereses) que nos afecta y que hace inherente al sistema la suplantación, la intolerancia y el miedo.

La segunda pregunta incluye dos cuestiones prácticas cruciales:

— *¿Qué papel juegan en nuestro voluntariado los beneficiarios del mismo? ¿Participan en los órganos de decisión? ¿Tienen algún poder respecto a los objetivos, metodología y evaluación de resultados?*

— *¿Ha cambiado nuestra visión de la realidad social a partir del trabajo voluntario y de nuestra relación con las personas afectadas? ¿Qué contribución específica se ha producido? ¿Cómo ha cambiado mi visión de mí mismo, en lo personal y en relación con la realidad entorno?*

Respuestas negativas o confusas a las anteriores preguntas nos situarían en el modelo de actuación de los conquistadores en América o del franquismo de nuestra historia reciente. Para los unos, los indios eran seres "menores de edad" incapacitados para saber qué querían y necesitaban. Para el otro, el pueblo español era inmaduro para decidir por sí mismo. Y es que, no sólo la historia se repite, sino que somos capaces de justificar los mismos estilos colonialistas y paternalistas de antaño con argumentos ideológicos tomados de la crítica marxista o de la posmodernidad.

3. PROMOVER EL CAMBIO SOCIAL

VOLUNTARIADO SIGNIFICA NO SÓLO COMPROMISO PERSONAL CON INDIVIDUOS, SINO TAMBIÉN CON ESTRUCTURAS E INSTITUCIONES

Finalmente, el sector voluntario está compuesto de una compleja red de instituciones y organizaciones. Esto constituye una de las principales aportaciones a la sociedad del llamado "tercer sector", por contraposición al sector público-estatal y al sector mercantil-empresarial.

Las asociaciones de voluntariado actúan como intermediarias entre el Estado y la ciudadanía

Esta red social distribuye el poder en la sociedad de un modo que reafirma el pluralismo político y salvaguarda las libertades de los ciudadanos. Las asociaciones de voluntarios actúan como intermediarias entre el Estado y la ciudadanía, ofreciendo un canal para la participación ciudadana. Ambos papeles (distribución del poder, promoción de la participación) hacen de dichas asociaciones uno de los mejores ejemplos del "principio de subsidiariedad", postulado en el Pensamiento Social Cristiano. Robert Bellah recupera la relevancia de este principio para la sociedad actual cuando afirma que "el principio de subsidiariedad" favorece la cooperación social y la descentralización del poder. Ésta, posibilita 'un nuevo experimento en democracia participativa' en el lugar de trabajo y la política".[10]

> el sector voluntario como "tercer sector", por contraposición al sector público-estatal y al sector mercantil-empresarial

Sin embargo, no toda acción voluntaria se implica en un proceso de cambio social: no basta la honradez y la gratuidad; hay que evaluar el trabajo para evitar la legitimación del sistema. Subsidiariedad y complementariedad con las instituciones públicas y sus intervenciones sociales no equivale a "asistencia y apoyo acríticos" por parte del voluntariado. Antes bien, han de proponer nuevas políticas sociales y comprometerse, no sólo de manera personal con individuos, sino también con estructuras e instituciones.

El cambio social dinamizado por el voluntariado social va desde la inclusión en la sociedad y en sus órganos de decisión de los excluidos, a la promoción de un nuevo concepto de justicia, una justicia "comunitarista". Se trata de una justicia contextual e histórica, que respeta

las diferencias, que afirma el valor moral de personas y grupos, que apoya la autonomía y el respeto a sí mismo, que domestica la autoridad y que, finalmente, establece el marco teórico y experiencial para el debate moral en los temas públicos.[11] La inclusión, de la que hemos hablado en el apartado anterior, está en línea con este ideal de justicia. De hecho, la acción voluntaria –en su trabajo de inclusión– supone el respeto por la autonomía de la persona, así como la capacitación para desarrollar todas las características (derechos y deberes) de la ciudadanía. La lucha que las asociaciones de voluntariado despliegan por una igual dignidad y protección se basa en la radical identidad común de todos los hombres y mujeres. Su trabajo lucha contra el estigma moral que clasifica a unas personas como "intrínsecamente" peores que otras.

La pelea por una ciudadanía más amplia e inclusiva no es simplemente algo práctico. Implica un debate ideológico y político, al tiempo que un compromiso personal y una asunción de riesgos. En la búsqueda de una justicia comunitarista, se ha de implicar no sólo el/la voluntario/a, sino también su organización. Los voluntarios sociales contactan con las diversas y ambiguas realidades humanas, que les dan la convicción de una necesaria y continua lucha por la justicia. La red de asociaciones de voluntarios tiene el irrenunciable deber de reflejar estas experiencias concretas, transmitirlas a la sociedad y pedir las medidas sociales y jurídicas que respondan a las necesidades de los más desfavorecidos. La acción voluntaria, si quiere ser ética, no sólo ha de caminar con las víctimas, sino que ha de tener a su favor la voluntad de cambio.[12] En nuestra sociedad, el compromiso con la justicia social es la piedra de toque de la credibilidad, tanto de las personas voluntarias como de sus instituciones.

> "no tenéis ternura, sólo tenéis justicia, por eso sois injustos"

La tercera pregunta es consecuencia directa de lo anterior

— ¿Qué objetivos de cambio socio-político persigo yo y la asociación a la que pertenezco? ¿Somos capaces de formular alternativas? ¿Qué lugar ocupa en mi servicio la pertenencia a una asociación?

En el clásico dilema entre justicia y misericordia (recuérdese la célebre cita de Dostoyewsky: "no tenéis ternura, sólo tenéis justicia, por eso sois injustos"), esta pregunta evita el desplazamiento de nuestro servicio al campo de la beneficencia y, por tanto, al papel de "tontos útiles" al sistema. Éste, a la vez que engendra muerte y exclusión, se goza en los gestos heroicos de aquellos que sólo buscan aliviar las consecuencias del mal estructural sin tratar de atajar sus causas.

El compromiso con la justicia y por el cambio social necesita una motivación radical. No corren tiempos fáciles para la ética, para la implicación radical. Hay dos grandes pilares para el altruismo y la acción voluntaria: la relación con el otro y el encuentro con la trascendencia, la divinidad, el Otro. La combinación de ambos da solidez al compromiso radical, aun en tiempos de desencanto. En este apartado nos hemos limitado al voluntariado como expresión de la identidad ciudadana, como acción nacida de la misma identidad humana que, para serlo, requiere abrirse a la relación con el "otro".

Sin negar la fuerza de esta motivación ciudadana, la experiencia cotidiana nos muestra que es difícil asumir los riesgos de cruzar fronteras sociales, implicarse en historias y relaciones cargadas de dolor y confusión, aceptar los cambios que todo ello implica, perder la seguridad de un espacio estable y protegido por los derechos adquiridos al nacer... en definitiva, "vivir en la frontera", como diría J.L. Sampedro.

Se hace necesario un "relato", sí, un relato, una narración existencial que nos permita comprender el porqué de una opción tan irracional a los ojos de cuantos nos rodean y de nuestra propia cultura. Es necesaria una "comunidad de memoria" que ofrezca una tradición, es decir, un modo de ver la realidad que dé sentido al sacrificio, no al heroísmo, sino a los cotidianos y aparentemente inútiles actos de compasión y de lucha por la justicia. Aquí se encuentra nuestra responsabilidad como creyentes, como pueblo que tiene el "regalo de la fe": ser embajadores de confianza en un mundo de sospecha.

Las paradojas del voluntariado. Dimensiones políticas.

Enrique Falcón

FALCÓN, Enrique, Dimensiones políticas del voluntariado, Cristianisme i Justicia, n°79.

1. UNA DESCRIPCIÓN: LAS PARADOJAS DEL VOLUNTARIADO

El lugar que ocupa el voluntariado es un lugar desde luego *paradójico*. Un territorio de opciones, relaciones y respuestas que no es de nadie y, por ello mismo, puede ser también de todos.

Se fragmenta según colectivos y se siente reencontrado en parecidas estrategias de acción. Pendula entre la formación general y una mirada específica local o colectiva. Asume (y dispersa) motivaciones para la actuación que proceden de tradiciones diversas.

El voluntariado, un lugar paradójico

Ateo, religioso o aconfesional. Es pequeño relato y narración de rostros con historia, pero se pretende también relato emancipador, dispuesto a intervenir en la historia misma.

Prestacionista e insumiso, narra y celebra, protesta y acompaña, atiende y promociona, alivia e incomoda.

Dice de sí mismo ser dinámica civil y ciudadanía, y le pretenden el Estado y el Mercado indistintamente. Autónomo y dependiente, creador de conflictos y perfecto *acalla-conciencias*. Al tiempo moda y al tiempo crisis, desinteresado e interesante, lo hacen buenos chicos a los que aplaudir y gente peligrosa a la que se teme.

Ensucia y abrillanta, se hunde y permanece, se subvenciona y se autofinancia, se le fotografía y se

esconde de todo intento de recompensarlo. Es espontáneo y planificado, tendencioso y natural, anónimo y movilizador, subsidiario y fronterizo, parcelizante y globalizador...

creador de conflictos y perfecto *acalla-conciencias*, lo hacen buenos chicos a los que aplaudir y gente peligrosa a la que se teme

Y además, desde el espacio paradójico en que se deja crecer, resulta que *también* quiere transformar, denunciar, resistir, desobedecer, presionar, emancipar y reivindicar.

Y lo hace en un *tiempo* igualmente paradójico. Un tiempo en el que la transformación de estructuras, la denuncia social, la resistencia activa, la desobediencia civil, los proyectos de emancipación, las reivindicaciones comprometidas... parecen estar *fuera de tiempo*.

— Basta con echar una ojeada a algunas entidades implicadas en el mundo de la exclusión social para darnos cuenta de cómo insisten en que el voluntariado está llamado a ir "transformando las estructuras y las causas que producen la marginación social", más allá de las meras tareas de asistencia, cuidado y promoción directa de los excluidos.

— Basta igualmente prestar un poco de atención a los debates entre organizaciones de voluntariado para comprobar las veces que se pone sobre la mesa la cuestión de "profundizar en la dimensión política del voluntariado social" y la necesidad de ensayar posibilidades, compartir estrategias y buscar conjuntamente medios encaminados en dicha dirección.

— La misma oleada de voluntariado de los últimos años (el famoso boom, que tantos dicen que no es para tanto) y la apertura de procesos de legislación y regulación normativa del mismo, no hacen más que incidir en el debate de los colectivos de base y en el autorreconocimiento de sus contornos, identidades, objetivos y, entre ellos, los de carácter más explícitamente político.

"Implicación política", "dinámicas de transformación estructural" y "resistencia activa" muestran las posibilidades de esta otra dimensión de la acción social voluntaria, que ya no es sólo la asistencia a las heridas, el acompañamiento de procesos o la promoción de autonomías, sino la transformación de una injusticia social.

Posiblemente sea, pues, éste uno de los mejores momentos para atrevernos a hundir las manos en la reflexión y en el intento de estas viabilidades políticas que, desde luego, no son nada nuevas. En el ejercicio humilde de dicho intento, al voluntariado social de marginación se le está pidiendo el esfuerzo propio de las vocaciones en las que todavía queda mucho por hacer.

El voluntariado bajo sospecha

Una última consideración antes de seguir adelante: un buen punto de partida para encarar lo que supone realmente el voluntariado es ponerlo, por principio, bajo sospecha.

El voluntariado puede, de hecho, ser parcelación de la vida, justificación de lo injustificable, paracaidismo social. Puede hacer daño a quienes ya reconocen pisoteada su dignidad, puede ser excusa y lavaconciencias de niños ricos, tapaagujeros del sistema, mera ambulancia de la historia, acción irresponsable, asistencialismo paternalista y bobo, y compensación y huída de frustraciones personales...

Pero aun así, aun debiendo ejercer contra todo descanso esta sospecha, el voluntariado social de marginación, de manera también permanente, debe asumir sus potencialidades y no perder su autoestima. En caso contrario, la viabilidad de su proyecto político de justicia no pasará de ser una simple viabilidad inestable y truncada.

no sólo la asistencia a las heridas, el acompañamiento de procesos, sino la transformación de una injusticia social

3. DIMENSIONES POLÍTICAS

Algunos hombres tienen un dormitorio,
el viento es alejado por una noche,
la nieve que les estaba destinada cae en la calle.
Pero el mundo no cambia por esto,
las relaciones entre los hombres no mejoran,
la era de la explotación no se acorta tampoco.

(B. Brecht)

Sin ánimo de querer agotar o totalizar el conjunto de las posibles vías con que el voluntariado, en tanto que "nuevo movimiento social", abre su agenda política de transformación o resistencia, quedan aquí listadas sólo algunas, con la consideración de que las dos primeras son las que quizá pueden ir haciendo más factibles las siguientes.

Abrir e interpelar procesos personales (rompiendo complicidades)

El voluntariado social de marginación no suele contentarse con ser un viaje de ida desde las motivaciones y disponibilidades de la persona hacia la realidad del otro y de la exclusión social. El viaje suele ser también de vuelta.

Un compañero de viaje en el Voluntariado de Marginación Claver, Darío Mollà, ha sabido describir este proceso –"peligroso", vital– que casi llega a golpear en las opciones personales de quien lo inicia.

Al principio fueron unos tiempos de dedicación voluntaria en los espacios sociales y entre los rostros de la marginación. Quisimos abrir las ventanas de nuestras habitaciones individuales, de nuestro mundo, a la realidad de afuera, la verdadera, la mayoritaria, la de la exclusión y la de lo precario.

Creíamos que, una vez abiertas las ventana entraría sólo aire fresco a nuestras habitaciones, a nuestras convicciones sociales y a la comodidad de nuestros estilos y modos de vida concretos. Pero lo que llega a entrarnos va a ser, más bien, un vendaval. Como sugiere Darío, un demoledor vendaval que descoloca las cosas de su sitio.

La experiencia de la gratuidad (la experiencia subversiva de la gratuidad), la mirada presente en las barriadas y en las narraciones concretas de la marginación social, el encuentro con los derrotados pero todavía no vencidos... nos devuelve un vendaval que altera nuestras controladas seguridades personales. En esto el viaje de todo voluntario se hace viaje de vuelta.

Y descompone de tal modo nuestras seguridades que ya no todo vuelve a ser igual. La presencia interpeladora de la experiencia cotidiana de la pobreza puede plantear al voluntario social cómo reorganizar sus opciones personales.

Continuando la parábola de la habitación y la ventana, diríamos que nos plantea si hemos de reordenar de modo distinto nuestras casas, si reconstruirlas en otro sitio, posiblemente, no tan "céntrico". O incluso si no construir ya casa alguna y vivir, como tantos, a la intemperie de la realidad.

La peligrosa opción de trabajar puntualmente para los pobres y a su servicio puede plantear al voluntario social si tener que vivir teniéndoles muy en cuenta, si vivir con ellos y desde sus causas, o si vivir incluso como ellos.

La necesidad de acompañar, de contrastar, de compartir estos procesos personales de toma de opciones se hace entonces casi ineludible, y el voluntariado habrá de saber crear para ello espacios adecuados al contraste y al acompañamiento de estos procesos. Es entonces también cuando el voluntariado, iniciado a menudo como actividad puntual y controlada, va volviéndose militancia.

la peligrosa opción de trabajar puntualmente para los pobres puede plantear al voluntario si tener que vivir teniéndoles muy en cuenta, si vivir con ellos y desde sus causas, o si vivir incluso como ellos

Es entonces también cuando las opciones que se experimentaban inicialmente en parcelas acotadas de tiempo y espacio ("voluntariado de horas sueltas") van a ir globalizándose, afectando a la vida entera del voluntario y transformando de verdad sus propias complicidades y opciones de vida.

La disponibilidad, rasgo importantísimo para el voluntariado social, ya no va a ser tanto de tiempos

y energías como de interpelación y crecimiento. Las motivaciones del yo dan paso a las del nosotros. La protesta que hace nacer es también protesta ante la complicidad con la injusticia que encontramos en nuestro propio estilo y en nuestras opciones reales de vida.

Hacer visible una cultura de la subversión

De hecho, el voluntariado de marginación, en tanto que agente social movilizador, ha provocado que se comience a hablar de una "cultura del voluntariado".

A dicha cultura, muy a menudo nombrada, se la ha querido describir con diversas adscripciones: cultura de la gratuidad, de la relación solidaria a escala humana, de la ciudadanía y de la participación pública, cultura de la dinamización comunitaria, de la atención al otro y de la inmediatez, de la búsqueda y el encuentro con lo periférico y lo institucionalmente inservible, microcultura de la justicia y del cuidado, de la disponibilidad y de la entrega, etc. No es éste el lugar de definirla sino de resituar el carácter subversivo de muchos de estos elementos.

Vaya, por supuesto, por delante que en la configuración de los mismos no sólo no ha intervenido exclusivamente el voluntariado en sí, sino que en el desarrollo de dicha cultura la aportación de otros movimientos y agentes sociales de emancipación va siendo más que apreciable a simple vista.

Lo importante en todo caso es traer a cuenta que en un sistema de sociedades como las nuestras (sociedades de control, de exclusión y mercantilización de la existencia, y de extrema injusticia social) discursos y, sobre todo, experiencias concretas de gratuidad se hacen significativamente subversivos. Sólo los dinamismos controladores de la pacificación social las pueden interpretar y presentar luego como experiencias tranquilizadoras de 'solidaridad ciudadana' que merecen ser aplaudidas y valoradas socialmente, ... hasta neutralizarlas casi por completo en su dimensión conflictiva.

> en una sociedad como la nuestra
> (de control, de exclusión, de mercantilización de la existencia, de extrema injusticia social)
> discursos y experiencias de gratuidad se hacen significativamente subversivos

El voluntariado tiene su máxima riqueza en los elementos de gratuidad, justicia y cuidado, de visión desde los de abajo... que configuran su cultura. Pero sigue siendo para él un reto inaplazable el mantener dicha cultura en lo que es y puede ser: una cultura intranquilizante. Poco tiene que ver ésta con la cultura de la dominación, de los intercambios sociales basados en la mercantilización y el consumo de bienes (no sólo materiales) a expensas de la suerte de los otros.

No se trata más que de hacer socialmente (políticamente) visibles:

— Apuestas por lo "no-funcional", muy a pesar de los reconocimientos de la utilidad del voluntariado por parte de las instituciones del Estado.

— Apuestas por lo gratuito y lo "no-rentable", muy a pesar de los fomentos del voluntariado por parte de algunas instancias mercantiles o bancarias.

— Apuestas por la "pre-ocupación", el "hacerse cargo" y el "cargar" con la suerte de las personas y colectivos que para poco cuentan, muy a pesar de los discursos culturales en que la cotidianidad basa una 'solidaridad gratificante y tranquilizadora'.

En definitiva no se trata más que de hacer presente que existe, y está latiendo, otra cultura hecha de elementos que son en realidad alternativos.

Narrar lo invisible

Parejamente a dicha cultura, se hace hoy urgente explicitar y hacer públicas las narraciones de la exclusión, señalando a los culpables y reconociendo las causas estructurales de dicha exclusión, en modo alguno fortuitas. Sin victimismos ni espectacularizaciones del drama, sino procurando injertar incómodamente el discurso de lo periférico en los centros del privilegio.

Por ello se nos planteará siempre con honestidad el evitar ser "voz de los sin voz", porque el excluido (el invisible, en definitiva) sí tiene voz propia, su propia narración, quizá más deteriorada y desde luego relegada en los márgenes sociales.

En nuestras modernas sociedades de control, narrar lo invisible provoca conflicto porque explicita lo invisible de manera visible y pública. Lo que quizá parece obvio no lo es, en realidad: basta para ello con prestar atención a los soportes y canales comunicativos en los que hoy se intercambian socialmente las narraciones.

> evitar ser "voz de los sin voz",
> porque el excluido sí tiene voz propia,
> su propia narración

Quizá las entidades de voluntariado que trabajan en los ámbitos de la exclusión deberían continuar potenciando en sus propias agendas políticas la denuncia de la manera

con que las víctimas son tratadas y presentadas en los medios de comunicación de masas.

Narrar lo invisible supone también desmantelar críticamente la frivolización circense del sufrimiento, las mascaradas maratonianas de recaudación televisiva de fondos de solidaridad, la espectacularización de la tragedia, la interesada estetización de lo solidario y la estigmatización dramatizante de lo periférico a lo largo de los canales estandarizados de la información.

De otro modo, narrar lo invisible seguirá siendo un discurso clandestino, intercambiado gracias sólo a algunos medios de comunicación de carácter alternativo y corte minoritario, a los que conviene seguir apoyando. Narrar lo invisible con seriedad y respeto a lo inviolable de la dignidad de las personas es, posiblemente, una narración muy poco rentable.

Recrear los frentes comunes

El quehacer cotidiano de muchas entidades sociales suele estar repleto de tareas de asistencia, promoción y acompañamiento. Con el añadido de las energías invertidas en la infraestructura, la formación y la coordinación internas que dichas tareas precisan. Les queda, por ello, poco espacio material para poder dar cuerpo a la dimensión política que late en dichas acciones. El carácter a menudo urgente de las necesidades que se procura atender (y que exigen respuestas normalmente inmediatas) aumenta todavía más esta "inflación de tareas" que sobresatura las energías de dedicación y compromiso de tantas y tantas entidades.

> ampliar la coordinación entre entidades y colectivos; un "ecumenismo del voluntariado"

Sólo podremos plantearnos con seriedad la vocación política de transformación si previamente asumimos con realismo esta sobresaturación y sus consecuentes limitaciones. Igualmente podremos liberar esfuerzos para dedicarlos a la reivindicación política si previamente sabemos ampliar la coordinación y relación entre entidades y colectivos, en la que sin duda se ha avanzado en los últimos años.

En este sentido, el triple papel de los "voluntariados de mediación" (que renuncian a la gestión de proyectos propios de acción social), de las Plataformas y Federaciones de entidades y del encuentro mutuo entre colectivos (para la acción o para el debate conjuntos) apunta asimismo hacia dichos caminos.

Sólo este "ecumenismo del voluntariado", esta organización de la voz (no exenta, desde luego, de conflictos y desencuentros internos), podría poner al voluntariado en disposición de hacer de él un agente transformador con voz y presencia social, más o menos efectiva o para ser, al menos, tenida más en cuenta.

Sin embargo, también es necesario hacer notar que, en el proceso de coordinación que se va abriendo entre las entidades voluntarias, habría todavía que situar algún aviso que otro. Entre ellos, la premura de que ésta sea una dinámica de (re)encuentro surgida de manera natural y a partir de las entidades mismas de base, seguramente también de manera más lenta y posiblemente contando con más dificultades estructurales.

En caso contrario, los colectivos de base corremos el peligro de caer en la tentación de dejarnos coordinar, alentar, formar y promover (a veces ¡hasta recompensar!) por parte de la Administración del Estado o por el Mercado (caso de los "planes integrales de voluntariado" de algunas entidades bancarias, por ejemplo), que sin duda lo harán de manera más rápida y efectiva y con mayor disposición de recursos.

La conquista de la coordinación, del entramado social de base, de la configuración de una dinámica red de redes con vocación transformadora, es para el voluntariado mismo una conquista lenta, llena desde luego de prejuicios mutuos y de desorientaciones propias. Pero es (ha de ser) una conquista ante todo propia. De otro modo, habría que asumir tener que ver cómo aumentan los intentos de instrumentalizar la fuerza potencial del voluntariado, de manera que su proyecto de emancipación, de conflicto y disenso, se vea diluído por el proyecto de consenso y pacificación de las dinámicas mercantiles y las del poder político institucional.

Restituir el protagonismo de la voz del otro

El "otro", el excluido, a cuyo encuentro sale el voluntariado no suele ser tolerado en los lugares del Centro, en los lugares de toma de las decisiones, de las luchas de intereses..., y muy a menudo tampoco es incluido en la estructura organizativa, pública e institucional de las entidades voluntarias.

> mediar para que los que fueron desplazados a las cunetas de la historia sean sujetos capacitados tanto de la suya como de nuestra historia común

Sin dudar de la capacidad de acogida, servicio y compromiso de éstas, debemos también reconocer que a menudo acogemos al pobre entendiéndole a veces como "pro-

blema", a veces como "carencia", y luego como objeto destinatario de las acciones sociales. No pretendo cuestionar aquí el sentido (que lo tiene, y mucho) de la relación de ayuda, de la atención, educación y acogida al otro, pero sí problematizar un tanto el sentido mismo de encontrar en el excluido solamente el objeto destinatario de una acción que, así, quizá podría ser sólo parcialmente liberadora.

El paternalismo no deja de ser un reduccionismo de la persona, con muy buenas intenciones pero también con un mucho de superioridad y prepotencia. Por ello, alejándonos de posturas paternalistas y unidireccionales, el voluntariado social de marginación se tensiona entre lo que es un trabajo para los excluidos, el que se hace con ellos y el que se resuelve desde ellos, reconociéndoles su capacitación como sujetos.

Si el voluntariado quiere en esta dimensión política asumir las causas de los despojados del sistema y situarse desde esa realidad, hora será también de promocionar la autonomía reivindicativa y ciudadana de aquéllos que son ciudadanos/as "de segunda". Invitarles a ejercerla, e incluir su voz y su presencia tanto en la gestión (organizativa y de decisiones) de nuestros colectivos como en las acciones que nuestras entidades dirijan hacia el exterior: acciones de denuncia, de presencia pública, de reivindicación...

El voluntariado social de marginación se juega aquí parte de su sentido. Entre ser una variación política de los servicios sociales o quererse mediador para que los que fueron desplazados a las cunetas de la historia sean sujetos capacitados tanto de la suya como de nuestra historia común.

Potenciar su interlocución institucional

Aunque se han dado pasos importantes en este sentido, sorprende todavía comprobar el carácter de la recurrencia de las entidades sociales de base en los órganos para las políticas institucionales, por ejemplo las de los servicios sociales.

> la presencia del voluntariado en las grietas de la estructura del poder político, en que puede ejercitarse la presión, debería ser menos testimonial

La concepción altamente técnica y profesionalizadora de estas políticas (sujeta a intereses precisos y a disponibilidades presupuestarias) tiene el peligro de contemplar al voluntariado social de marginación más como un recurso disponible y un instrumento para lo ya decidido, que como interlocutor válido encarnado en los ámbitos y en las ramificaciones públicas de la exclusión. Entre el posibilismo y la denuncia, la presencia del voluntariado en las grietas de la estructura del poder político en que puede ejercitarse la presión, posiblemente debería dejar de ser menos testimonial.

Las plataformas y federaciones de entidades de base (capaces de integrar también a instituciones más pequeñas pero con mucho que decir) tienen en estas vías de interlocución un buen campo para la presión política. Pues no se trata de una interlocución necesariamente posibilista, sino también de denuncia, posiblemente incómoda. Paralelamente, las entidades de base deberían sentirse llamadas en mayor grado a hacerse presentes, y a ser tenidas en cuenta, en municipios y órganos consultivos de carácter más local.

Sin embargo, es tarea pareja a ésta el que las mismas entidades sean en sí testimonio exterior de opciones reales de solidaridad y denuncia, así como de independencia y autonomía institucional. (A pesar del riesgo de una institucionalización excesiva del voluntariado, riesgo también compartido con otros NMS).

Las posibilidades de esta testimonialidad en los colectivos de base pueden llegar a ser numerosas:

— desde la renuncia a caer en la tentación de aceptar objetores prestacionistas para sus tareas internas (en testimonio explícito de apoyo a la insumisión, por parte de colectivos basados en la noción de "voluntariedad");

— hasta la opción por autofinanciarse en la medida de lo posible (accediendo a subvenciones y ayudas oficiales que no pongan en entredicho su autonomía real como colectivos);

— pasando por la aclaración de las relaciones entre personal contratado y voluntarios, o por la transparencia en los derechos sindicales de los profesionales o por el cuidado de no hacer la cama de las "contraprestaciones" (léase: carnets, certificaciones, convalidaciones, descuentos en servicios, premios al mérito...) que atenten contra el sentido radical de la gratuidad de los voluntarios.

Desarrollar estrategias creativas de intervención política

El voluntariado es sin duda rico en experiencias y en una heterogeneidad de situaciones en las que la eficacia de la acción necesita altas dosis de imaginación, creatividad y afectividad, quizá más que en ningún otro contexto.

El potencial de estas experiencias reales puede ser una de sus aportaciones más valiosas a la cultura reivindicativa de la resistencia y de las luchas por la emancipación. De ser efectivamente ejercida desde el voluntariado, tal aportación, coincidiría además con la premura con que otros nuevos movimientos sociales han ido ensayando estrategias "no clásicas" de intervención política: desobediencia civil, resistencia

no-violenta, acción directa con elementos fuertemente expresivos, esclarecimientos populares, manifestaciones humanas con componentes lúdicos, happenings y dramatizaciones provocadoras, boicots de consumo, cadenas humanas, ocupaciones, etc.

Al voluntariado le hace falta, por un lado, salir de cierta obsesión en recurrir casi exclusivamente a la presión y a la tramitación burocrática de exigencias y denuncias (estrategias a las que, desde luego, no debería renunciar). Y por otro lado, ensayar nuevas formas (quizá no tan nuevas) de lucha y de presencia públicas, siendo para ello más consciente del potencial enormemente creativo que le avala en las experiencias reales de su historia como voluntariado.

Incidir sobre el desarrollo del tejido comunitario del entorno

Otro de los potenciales políticos del voluntariado está en su capacidad de multiplicar las relaciones y en su interés por desaislar al otro (al excluido, pero también al exclusor y al indiferente), al menos en los territorios sociales de lo local, de la barriada, de la ciudad pequeña y en el contexto de una cultura hegemónica basada en el aislamiento.

Sería desmerecer el sentido político del voluntariado si no atendiéramos a su capacidad de trenzar y retrenzar el tejido de la comunidad, de promover su desarrollo y de dinamizar a personas y grupos de la misma en torno a situaciones que se perciben comunes. La rehabilitación misma del excluido, la promoción de su autonomía personal y su capacitación para ser parte integrante del entorno social de relaciones, contribuyen igualmente a la recuperación del espacio comunitario como espacio de ciudadanía, de participación y de presencia pública.

> capacidad de trenzar y retrenzar el tejido de la comunidad, de promover su desarrollo, de dinamizar a personas y grupos en torno a situaciones que se perciben comunes

Con el riesgo de quedarse en una experiencia excesivamente localista, el paso de la reconstrucción pública de la ciudadanía es ya, de todas formas, cercano al paso que lleva a la reconstrucción de una cultura de la intervención y la participación política, tan desmovilizada en nuestras sociedades.

Desnormativizarse

El total acuerdo entre los partidos políticos que hizo posible la entrada en vigor de la Ley del Voluntariado (enero del 96) ha sido a menudo comparado con el rechazo que dicha ley ha suscitado en gran parte de los colectivos de base. Frente al llamativo crecimiento del voluntariado como fuerza de cambio social, bastantes gobiernos autonómicos han optado asimismo por canalizar esta fuerza a través de la regulación de su ejercicio.

La intromisión del Estado en lo que se suponía una dinámica de participación propia de la sociedad civil parece que debería plantearnos a las organizaciones sociales voluntarias una reflexión serena sobre el modelo de voluntariado a que apuntan nuestras apuestas, si es verdad que por voluntariado se podría entender ya cualquier cosa o –si de verdad– la cultura de lo gratuito y de la opción por los excluidos es inalienable de un proyecto de voluntariado socialmente crítico y transformador.

Al pluricéfalo voluntariado le caben desde luego distintas alternativas de acción que plantearse ante los procesos de legislación y normativización del voluntariado mismo.

Aquí será fácil ver cómo las diversas "familias" del voluntariado real van a ir haciendo opciones propias de sentido (quizá intervengan también las del pragmatismo).

Se puede así luchar por la no-legislación, o presentar previamente alternativas de base a los textos de anteproyecto, en el caso de autonomías donde aún no se haya legislado. Se puede aceptar entrar en lo ya regulado con ánimo de practicar reformas paulatinas. Se puede luchar y presionar por la derogación, ... se puede incluso salir del marco legislativo (para ello se habría de renunciar a la autodenominación de "voluntariado", entre otras cosas), etc.

> una postura conflictiva ante la oficialización del voluntariado social y ante la sensación de que las administraciones del Estado pueden estar apropiándose del concepto mismo de "voluntariado"

En el último capítulo de estas líneas –desde opciones ya diferenciadas– he preferido detenerme en este aspecto, destacando para ello una postura conflictiva ante la oficialización del voluntariado social y ante la sensación de que las administraciones del Estado pueden estar apropiándose del concepto mismo de "voluntariado" y lamentablemente, desde criterios mercantiles, acríticos e instrumentales.

En cualquier caso, sólo la capacidad del voluntariado de margi-

nación de ser proyecto que apunta políticamente a procesos de transformación social puede plantar cara, en tres frentes parejos, a las tendencias de estetización, de instrumentalización y de mercantilización de las que el voluntariado mismo puede ser objeto.

Rigor teórico

Quizá sorprenda encontrar la palabra rigor en la teoría entre las dimensiones políticas del voluntariado. Probablemente porque solemos asociar lo político a las acciones materiales y a los desarrollos de la praxis, y porque es habitual considerar que el voluntariado ha sido, constitutivamente en parte, una cultura de la acción.

No vamos a entrar en el debate de si la teoría forma parte o no del campo de las actuaciones o si es simplemente un requisito valioso que precede a la acción, dando nombre a la utopía. Pero sí deberíamos reconocer la necesidad de continuar articulando en torno al voluntariado un discurso crítico, emancipador y, contra todo descanso, realista.

La función de la crítica, del discurso disidente, de los horizontes de alternativas, de la autocrítica y de las revisiones a tiempo real es parte constitutiva de las prácticas transformadoras que el voluntariado tiene abiertas o cerradas ante sí. La necesidad misma de ir completando sus narraciones, de discutirlas, matizarlas o llevarlas hasta sus consecuencias es también, y sobre todo, necesidad de los colectivos, plataformas y entidades que se sitúan –en tanto voluntariado– en las fronteras de los márgenes, porque se han puesto a su servicio.

Puesto que el espacio en que la teoría ha de moverse es, también, el espacio de la resistencia, las conclusiones de dicha labor crítica habrían de entenderse más como puntos de partida que de llegada, sin poder apenas negociar con la certidumbre, sobre todo en un contexto en que tanto cuesta trazar con coherencia y nitidez, modelos ideológicos globales que opten por los derrotados.

la necesidad de continuar
articulando
en torno al voluntariado
un discurso crítico,
emancipador y,
contra todo descanso,
realista

Munduko HiritarroK: somos protagonistas de nuestro mundo

Alboan

1. Si , ¿pero de qué mundo?

Probablemente en nuestras cabezas resuenen diferentes nombres y expresiones que se han venido utilizando para definir los procesos y características que configuran el mundo de hoy. "Sociedad de la información", "Posmodernidad", "Globalización", "Capitalismo tardío", etc. son algunos de ellos.

Somos testigos de algunos cambios sociales que tienen un fuerte impacto en nuestras vidas

Más allá de las denominaciones, lo que no nos genera dudas es que somos testigos de algunos *cambios sociales* que tienen un fuerte *impacto en nuestras vidas*, en nuestra forma de percibir el mundo, en nuestra manera de actuar sobre él. Las nuevas tecnologías o la presencia de otras culturas en nuestras ciudades serían dos ejemplos de elementos novedosos. Todos estos cambios pueden comportar elementos positivos que nos hagan crecer en humanidad, pero, en muchas ocasiones, están acentuando dinámicas de exclusión, de desigualdad y de indiferencia ante los males del mundo.

La retórica de los derechos

No es muy exagerado decir que los derechos humanos se van convirtiendo en un paradigma ético global, a pesar de que desde varios frentes se cuestionan, y en muchos lugares y para mucha gente no son sino papel mojado. En parte, esto se debe al olvido y dejación de los *deberes y responsabilidades* que generan los derechos de los demás en cada uno de nosotros. Un derecho no es eficaz por sí mismo, sino por la obligación que le corresponde. Esto es especialmente importante cuando hablamos de los *derechos de los más débiles*.

Por otra parte, la retórica de los derechos se utiliza en ocasiones para defender modos de vida y sociedad que en ningún caso son universalizables a todos los habitantes del planeta. Nos referimos al estilo de vida de las sociedades de consumo, que por razones de sostenibilidad ambiental y de igualdad social, nunca serán alcanzables para la mayoría de la humanidad. Debemos tomar conciencia de que *los derechos que no son universalizables no son derechos, son privilegios.*

Decisiones lejanas

Acompañando al abandono de los "deberes" que generan los derechos de los demás, nos encontramos con que se produce una *desafección* de los ciudadanos y ciudadanas de los asuntos públicos. Esto responde a varias causas. En primer lugar, vivimos en una *cultura de la satisfacción* que nos hace replegarnos hacia las esferas más privadas

(familia, amigos, trabajo, consumo...), dejando de lado la preocupación por el *bien común*.

Esta tendencia, por otro lado, se ve reforzada por el siguiente hecho: vemos que cada vez más decisiones que nos afectan en nuestras vidas se toman en *espacios lejanos* donde no tenemos capacidad de participar.

Debemos recuperar la conciencia de que *somos protagonistas de nuestro mundo* y descubrir en nuestro entorno cercano la capacidad para transformar la realidad. La emergencia, paulatina y con sus contradicciones, de un movimiento social global, pero que actúa en lo local, es un elemento que nos muestra que tenemos margen de acción.

Identidad y conflicto

Fruto también de estos procesos de conformación de un espacio único mundial, resurge con fuerza la cuestión de la *identidad*. Todas las personas precisamos tener unas raíces, sentirnos vinculadas a un grupo y reconocernos en unas características. A la vez, también precisamos que esa identidad *nos sea reconocida* como nuestra forma concreta de ser personas iguales en dignidad. Porque es en un marco cultural concreto donde adquirimos los elementos básicos que configuran nuestro horizonte de sentido.

Los derechos que no son universalizables no son derechos, son privilegios.

Esta identidad, que es compleja y dinámica, y que está formada por múltiples elementos, no puede estar cerrada a las aportaciones de otros grupos y personas. De esta manera, la creciente presencia entre nosotros de culturas diferentes a la nuestra es una gran oportunidad para el enriquecimiento mutuo.

Pero vemos que el encuentro no siempre está exento de conflictos. Y esto no tiene porqué ser negativo. El conflicto puede ser una ocasión para el crecimiento de las partes implicadas siempre y cuando lo sepamos gestionar por cauces pacíficos y de diálogo. Lamentablemente, todavía esto no es lo más habitual.

2. La idea de ciudadanía

Ciudadanía es un término que ha cobrado actualidad en los últimos años. De él se oye hablar en la vieja Europa, en los países de Latinoamérica, en las países que reúnen diversidad de culturas, como Australia o Canadá... Un concepto de moda... pero que viene de lejos.

Dos viejas tradiciones

— Por un lado, la **tradición griega**, más en concreto, de la democracia ateniense. Los atenienses descubrieron que la *pertenencia* a la polis no era un accidente más en su vida, sino algo medular en ella. Una pertenencia que les responsabilizaba en los asuntos de todos y les movía a participar en la república. En Atenas, ser ciudadano significaba ocuparse de las *cuestiones públicas*, haciendo uso del diálogo y de la *deliberación*, como procedimiento para tomar decisiones, no de la violencia, ni de la imposición. Ellos introdujeron la fuerza de la palabra en medio de los conflictos.

Sin embargo, en la tradición griega la ciudadanía excluía a los extranjeros, a los esclavos y a las mujeres. Era étnica, aristocrática y misógina. El desarrollo histórico de esta tradición ha ido ganando (con luchas, retrocesos, y aún no de forma completa) nuevos círculos de pertenencia: el círculo del género, de la clase social y de la etnia. En tal sentido, podríamos decir que la tradición griega llevaba en su seno un germen de universalidad, de ciudadanía universal, que aún hoy está por conseguir.

— Por otro, la **tradición romana.** Las dimensiones de Roma hicieron imposible cualquier idea de participación directa en los asuntos públicos. Sin embargo, Roma poseía un sentido jurídico mucho más agudo que el de los griegos y entendió la ciudadanía romana en tanto que *protección jurídica.* El ciudadano es el que actúa bajo la ley y espera su protección a lo largo y ancho de todo el imperio. El sentimiento de pertenencia no era aquí tan importante. Pero sí el amparo que la ley ofrecía al ciudadano.

La tradición romana, como la griega, también ha experimentado un despliegue a lo largo de la historia. Los seres humanos hemos cobrado conciencia de las dimensiones de los derechos derivados de nuestra propia dignidad: los derechos civiles y políticos (1ªgeneración), los derechos económicos y sociales (2ª generación) y los derechos al desarrollo, a un medio ambiente sano y a la paz (3ªgeneración). Y no sólo como individuos, sino también como colectividades y pueblos que pueden decidir su propio futuro, para así preservar su identidad. La tradición romana se ha visto enriquecida por este despliegue de derechos que nos amparan por el simple hecho de nuestra humanidad.

¿No nos sentimos más objetos pasivos de derechos que sujetos activos y responsables?

Al hilo de estas dos tradiciones, cuyos rastros se han prolongado largamente en la historia, podemos reconocer la ciudadanía como una **conjunción de estos dos elementos**: la ciudadanía supone un *estatuto jurídico*, es decir, una carta de derechos que me ampara; y, a la vez, implica un *sentido de pertenencia* que me obliga interiormente.

¿Qué concepción de ciudadanía domina nuestro tiempo?

Buena parte de la reflexión ética en occidente ha versado sobre los derechos: era el modo de mostrar al poder público la dignidad inquebrantable del ser humano. En la práctica ha derivado en una acendrada defensa de *mis derechos,* cuando la legitimidad de este lenguaje procede de su defensa de los *derechos de los más débiles.*

De otra parte, el crecimiento del Estado que el proceso modernizador provocó, ha volcado sobre el Estado las antiguas obligaciones de los ciudadanos y ciudadanas para con su prójimo. Esto ha acentuado la frialdad e indiferencia personal ante el sufrimiento ajeno. *Esta es una ciudadanía que des-responsabiliza.*

Por último, la ciudadanía ha quedado confinada a los Estados nacionales (lo cual nos permite, en tanto que europeos, viajar como señores por el mundo, mientras otros seres

humanos como nosotros, pero procedentes de países pobres, carecen de buena parte de derechos en nuestros países, derechos que les pertenecen en tanto que humanos, no en tanto que "nacionales"). Necesitamos desarrollar una *ciudadanía universal* que haga valer nuestra pertenencia al común género humano.

Necesitamos desarrollar una **ciudadanía activa**, motivada, que no olvide la doble tradición —griega y romana— de la que es hija. *Es tiempo de reunir derechos y responsabilidades.* El derecho protege y garantiza autonomía; la responsabilidad vincula y humaniza.

Elementos clave para una nueva concepción de ciudadanía

1. **Un equilibrio entre derechos y responsabilidades:** como hemos indicado, no basta con derechos. Estos son indispensables. Pero son insuficientes. Precisamos también de responsabilidades.

   Una responsabilidad que *comienza en cada persona, al sacar en mi trabajo y en mi vida lo mejor de mí;* una responsabilidad comprometida con la propia humanidad. Si bien el derecho nos reconoce señores ciudadanos, en la responsabilidad brilla nuestro señorío. Es esta una tarea que cobra sentido en las distintas facetas de nuestra vida: en la familiar, en la amistad, en la profesional...

   Una ciudadanía renovada aspira a participar en la acción y en la toma de decisiones en todos los estratos de la sociedad

   Responsabilidad que alcanza al prójimo, porque lo siento parte de mí. Una responsabilidad que no se detiene en estrechos círculos de pertenencia, sino que reconoce en el rostro del lejano congénere humano, en especial del que sufre, el lugar donde se juega nuestra humanidad.

2. **Participación en los asuntos públicos:** lo público es cosa de todas las personas. No sólo de "los mejores", de la clase política, de los que "valen" para ello. Abandonar los asuntos públicos al arbitrio de los políticos y el mercado es la mejor forma de dejar caer en manos de partidismos e intereses particulares lo que es importante para todos. Una ciudadanía renovada aspira a participar *en la acción y en la toma de decisiones* en todos los estratos de la sociedad. Por eso, uno de los signos de su madurez se expresa en la participación libre y voluntaria en asociaciones civiles.

   La Modernidad trazó un muro de separación entre lo público y lo privado. La democracia liberal hizo de este muro un procedimiento que garantizaría nuestra libertad. Pero la participación social implica introducirse con todo lo que somos (también con nuestras propias motivaciones, privadas sí, pero determinantes de lo que soy) en la arena pública. Si dejamos de un lado la cosmovisión que nos anima y la esperanza que nos empuja, estamos escamoteando a lo público lo mejor de lo que somos.

3. **Resolver los conflictos con la fuerza de la palabra:** La realidad es conflictiva. Progresa en medio de roces y discrepancias. Una ciudadanía madura orienta el

conflicto hacia el diálogo. Sitúa en medio del distinto sentir la comunicación y la comprensión mutua. Reconoce en la fuerza de la palabra el verdadero poder de los ciudadanos.

3. Esferas en las que construimos ciudadanía

La ciudadanía, por lo tanto, ha estado tradicionalmente vinculada a la esfera de lo público y se ha concretado en el reconocimiento de (1) un estatuto jurídico para cada persona y (2) su pertenencia a una determinada colectividad.

Sin embargo, la práctica de la ciudadanía ha venido estrechándose, hasta equipararse con la mera participación electoral. Esto ha hecho que el concepto de ciudadanía se viera sumamente empobrecido. A nuestro juicio, esto se debe a que no se ha tenido en cuenta el **desarrollo de la ciudadanía en las diferentes esferas** que configuran la existencia del ser humano. ¿Qué queremos decir con esto? Siguiendo la propuesta de Amartya Sen, quien habla de esferas para la construcción del desarrollo humano, entendemos que nuestra apuesta por la construcción de ciudadanía pasa por el trabajo en tres esferas o niveles: (1) personal (2) social y organizacional, y (3) institucional. En cada una de ellas en necesario trabajar los elementos que hemos señalado como claves: equilibrio de derechos y deberes, participación y resolución pacífica de los conflictos. Veamos ahora cada una de las esferas.

Esfera personal

Reconocerse como ciudadano o ciudadana es fundamental en el fomento de una ciudadania activa. Esto implica el trabajo en torno a la **propia identidad y a la afirmación personal**, teniendo en cuenta que una persona es y se construye como ciudadana en su proceso de desarrollo vital.

Partimos de la premisa de que **todas las personas**, por el hecho de serlo y tener reconocidos unos derechos y deberes, son ciudadanas. Este es un elemento clave en la concepción de una nueva ciudadanía, porque, hoy por hoy, el ser ciudadano o ciudadana y tener reconocidos unos derechos está vinculado a ser nacional de un estado, y esto no está al alcance de todo el mundo (refugiados, inmigrantes, etc.)

En este sentido consideramos que, para desarrollar algunos de los elementos que constituyen una ciudadanía activa y plena es necesario hacernos conscientes y ejercer nuestra ciudadanía en la esfera personal. Así, es necesario que todas las personas:

- Nos constituyamos en sujetos activos poseedores de unos derechos, pero también de unos deberes (fomento de la responsabilidad)

- Nos sintamos y seamos protagonistas de nuestro mundo (fomento de la autoestima, la confianza y la afirmación personal)

- Desarrollemos capacidades para la participación así como para el conflicto, entendiendo éste último como una posibilidad para el crecimiento y para la construcción de un mundo más complejo y diverso (fomento de la empatía, de la capacidad de diálogo y de la tolerancia activa)

- Ahondemos en las experiencias y fuentes que dan sentido a nuestra vida (fortalecimiento de la capacidad simbólica)

Esfera social y organizacional

La persona se desarrolla y se plenifica en sociedad. Por lo tanto es imposible hablar de ciudadanía y referirlo únicamente a la esfera individual. La persona desarrolla su ciudadanía en convivencia con los demás. La esfera social posibilita desplegar la *agencia de la persona*: que cada persona sea agente y protagonista de su propio crecimiento, tal y como exige un verdadero desarrollo humano. La agencia de la persona implica el cultivo de las capacidades individuales y grupales.

Esto refleja la idea de que cada persona es agente y, en este caso, protagonista del mundo en que vive. Lo cual se encuentra vinculado con la necesidad de reconocerse como persona ciudadana con una serie de derechos y deberes que le llevan a actuar e implicarse en la realidad en la que vive.

En la esfera de lo social se construye ciudadanía en colaboración con otros y otras al (1) definir y consensuar una serie de derechos y deberes para todos, (2) posibilitar espacios de participación en la toma de decisiones, (3) participar en la definición del modelo de sociedad que queremos construir y (4) contribuir a la generación de los símbolos compartidos, en los que nos sentimos reconocidos. Y todo esto ha de tener lugar en el ámbito familiar, en el de las relaciones de amistad, en el aula, en el centro educativo, en el barrio, pueblo o ciudad, etc.

Esfera institucional o normativa

La esfera de lo institucional hace referencia a las "reglas de juego", es decir, a aspectos estructurales (como pueden ser la existencia de derechos recogidos en la Constitución, o la adhesión a los diferentes Pactos de Derechos Humanos). Es esta esfera la que históricamente ha estado más vinculada al concepto de ciudadanía. A su vez, es la esfera a la que ha quedado recluida la idea de ciudadanía, entendiéndose por tal la ciudadanía política que tiene su reflejo en la elección a través del voto.

Esfera individual:	***Persona individual***
Esfera social/organizacional:	***En el ámbito familiar, Aula/escuela, barrrio/pueblo.***
Esfera institucional	***Ámbito global/mundial***

Sin embargo, como decíamos, vemos cómo muchas decisiones que nos afectan se toman en espacios lejanos sobre los que no tenemos capacidad de intervención. Por eso, una ciudadanía activa reclama la capacidad de incidencia sobre los aspectos que conciernen nuestras vidas.

Este protagonismo no puede construirse si no es teniendo en cuenta las tres esferas y los diferentes ámbitos de creación de ciudadanía. Y esta construcción y capacidad de incidencia como ciudadanos la están mostrando ya muchas personas y movimientos: desde el educador comprometido con su centro hasta las organizaciones sociales en la Cumbre de Río; desde la persona que ejerce un consumo responsable hasta los chiapanecos en la selva; desde el ahorrador que se plantea dónde invertir con criterios

éticos hasta el movimiento en contra de la globalización neoliberal; desde la persona que asume un compromiso en el voluntariado hasta la coalición mundial por la abolición de la deuda externa, y así un largo étcetera.

4. Algunos principios educativos[1]

En este apartado queremos señalar algunas pautas didácticas a utilizar en la promoción de una ciudadanía activa y responsable. Son algunos principios e ideas generales que precisan concretarse en cada contexto y en cada situación. Se inspiran todas en algo que es lógico: que *los medios didácticos deben ser coherentes con los fines que se pretenden*. ¿Cómo educar para una ciudadanía responsable? Ahí van unas sugerencias para el diálogo.

Los medios didácticos deben ser coherentes con los fines que se pretenden.

- Es importante trabajar todos los aspectos de la *persona en su globalidad*: lo intelectual, lo afectivo y la acción. Lo *intelectual*, para comprender críticamente la realidad que vivimos; lo *afectivo* para ser capaces de empatizar, ponernos en la piel del otro y ser capaces de lanzar una mirada crítica a nuestra forma de ser y de vivir; la *acción*, para que los aprendizajes sean significativos, tengan relevancia en la vida de las personas y se concreten: los contenidos teóricos y los sentimientos trabajados no tendrán validez si no se transforman en aprendizajes para la vida.

- Debe haber un constante camino de ida y vuelta entre *lo global y lo local* así como entre *lo personal y lo estructural*. La construcción de una ciudadanía activa implica ser conscientes de los problemas globales y estructurales tanto como trabajar la autoestima o la asertividad. La acción colectiva sobre lo local, en proyectos que mejoren nuestro entorno, deben incluirse en la propuesta pedagógica: no podemos generar una inquietud de participación sin que haya vías de ponerla en práctica.

- En un proceso educativo de estas características no es difícil que surjan *conflictos* con el alumnado, o entre el profesorado. La visiones "de la jugada" pueden ser diferentes entre los educadores, y los "educandos" pueden no estar habituados a procesos de este tipo. Esto hay que aceptarlo como algo positivo y manejarlo con creatividad, de forma que sea una *ocasión para educar* en el diálogo, en la aceptación y valoración de puntos de vista diferentes, en la habilidad para utilizar argumentos razonados, en la apertura al cambio de opinión, etc.

- Es importante que se creen climas cálidos, comprensivos, *facilitadores de la comunicación*. Los educadores deben esforzarse por proteger la divergencia de opiniones. Es importante que no se formulen valores, normas o juicios siguiendo mecanismo de "instrucción", sino, más bien, potenciar el descubrimiento de los mismos a través del análisis, la reflexión, el diálogo, la acción y la experiencia.

[1] Para la elaboración de este apartado nos hemos inspirado en sendos artículos de Pedro Sáez (*"Desarrollo y Derechos Humanos: retos para la educación"*) y de Miquel Martínez (*"Educación y ciudadanía activa"*).

- Es fundamental caer en la cuenta de que el *clima y la estructura del centro* educativo son agentes educativos de primer orden. Esto nos puede hacer plantearnos y analizar cuáles son las normas de convivencia del centro, cómo se gestiona la autoridad, qué grado de participación de los diferentes sectores de la comunidad educativa se da, cómo se resuelven los conflictos, etc. para ver si están de acuerdo con los valores que tratamos de transmitir.

- Hay que recuperar el *valor pedagógico del esfuerzo* como medio, no como fin, porque es importante que aprendamos a aceptar a lo largo de nuestras vidas aquellas contrariedades que van a surgir al hacer compatibles nuestros derechos con los de los demás, y aquellas limitaciones que como personas y sociedades tendremos que asumir para ejercer una auténtica solidaridad. Asumir los deberes que corresponden a cada derecho nos exige muchas veces la superación personal y la renuncia a intereses particulares que se interponen en el logro de los intereses colectivos y del bien común.

- Por último, debemos aspirar a la excelencia: no podemos renunciar a sacar lo mejor de las personas y de nosotros mismos, pues eso es la mayor fuente de riqueza de las sociedades. Huir de la mediocridad es una exigencia de responsabilidad social y de la solidaridad básica hacia los demás.

Para la reflexión

- Aclaraciones o comentarios al documento.
- ¿Qué te sugiere el tema de ciudadanía?
- Diagnóstico del tema:
  - Aula, centro, profesorado, sociedad.
- ¿Qué tiene que ver con tu labor educativa?
- Propuestas e iniciativas que conozcas que aborden esta temática.
- Propuestas concretas que se te ocurren como necesarias o sugerentes en tu práctica educativa en cuanto a:
  - Temática
  - Metodología